

CUADERNOS

DE ESTUDIO Y CULTURA

Núm. 11 Septiembre 1999

**HOMENAJE
A CARMEN KURTZ
(1911-1999)**

**Ponencias presentadas en el acto celebrado
en el Col·legi de Periodistes de Catalunya,
el día 27 de mayo de 1998**

ACEC

ASSOCIACIÓ COL·LEGIAL D'ESCRITORS DE CATALUNYA
ASOCIACIÓN COLEGIAL DE ESCRITORES DE CATALUÑA

Junta actual de la ACEC

Presidente

Manuel de Seabra

Vicepresidentes

Montserrat Conill

Andreu Martín

Secretaria General

Neus Aguado

Tesorera

Carmen Borja

Comisionado de ACEC en CEDRO

José Luis Giménez-Frontín

Vocales

Nuria Amat

Luisa Cotoner

Rai Ferrer

Carme Gala

Javier García Sánchez

Joan Andreu Iglesias

Olivia de Miguel

Miquel de Palol

Fernando Valls

Ignacio Vidal-Folch

Primera edición: septiembre de 1999

© Federico Ibáñez, Montserrat Sarto, Ana María Moix, Assumpta Roura, Maruja Torres, Javier García Sánchez, Pere Gimferrer, Josep Vallverdú, Carmen Kurtz

Tirada: 500 ejemplares

Edita: Asociación Colegial de Escritores de Cataluña

Canuda, 6 - 08002 Barcelona

Diseño y composición: Insòlit, Barcelona

Impresión: Graphic Expres, Barcelona



SUMARIO

| | |
|--|----|
| Presentación del acto de homenaje | |
| Federico Ibáñez _____ | 7 |
| La aportación de Carmen Kurtz a la literatura infantil | |
| Montserrat Sarto _____ | 9 |
| La generosidad de Carmen Kurtz | |
| Ana María Moix _____ | 13 |
| Carmen Kurtz: Apuntes y reflexiones sobre la obra <i>El desconocido</i> | |
| Assumpta Roura _____ | 17 |
| Mi hada madrina | |
| Maruja Torres _____ | 21 |
| Toda gran novela es tierra de nadie | |
| Javier García Sánchez _____ | 25 |
| <i>El desconocido</i> Premio Planeta, 1956 | |
| Pere Gimferrer _____ | 29 |
| Haver-la traduïda | |
| Josep Vallverdú _____ | 33 |
| <i>El tesoro</i> | |
| Carmen Kurtz _____ | 35 |
| Biobibliografía | |
| _____ | 41 |

PRESENTACIÓN DEL ACTO DE HOMENAJE

Federico Ibáñez

Confieso que me alegra extraordinariamente participar como presidente de CEDRO en este más que merecido homenaje a Carmen Kurtz.

El Centro Español de Derechos Reprográficos es la entidad de gestión colectiva de derechos de propiedad intelectual en el ámbito de la reprografía de los autores y de los editores y como tal está comprometida con la defensa de esos derechos y con el apoyo al libro, a la lectura y, naturalmente, a los escritores. Así que no es de extrañar que los cerca de dos mil quinientos autores y los más de seiscientos editores, socios de CEDRO, hayan querido sumarse a esta iniciativa de la Asociación Colegial de Escritores de Cataluña, que cuenta además con la colaboración de la Institució de les Lletres Catalanes y del Col·legi de Periodistes de Catalunya.

La propuesta de la Asociación Colegial de Escritores de Cataluña de este homenaje a doña Carmen Kurtz, defendida con calor y con entusiasmo por José Luis Giménez-Frontín, fue inmediatamente apoyada por CEDRO, que no dudó en colaborar para hacerla posible.

Felicito, desde luego, a doña Carmen Kurtz por este merecido homenaje que le tributan sus compañeros de Cataluña y también, si me lo permiten, a la ACEC, por continuar lo que empieza a ser una tradición, iniciada hace algunos años, de homenajes a destacados escritores y miembros veteranos de la misma.

Todos los que amamos los libros y nos sentimos en deuda con ellos y con quienes los escriben, debemos hacer cuanto esté en nuestras manos para que libros y autores no queden sepultados en el marasmo de informaciones fragmentadas y espectaculares que nos envían cada minuto los medios de comunicación de masas. Y actos, como el de esta tarde, constituyen nuestra pequeña revancha contra la presión de lo efímero y la presión de lo inmediato.

Como editor, que éste es mi oficio, tengo que declarar a ustedes mi curiosidad por conocer personalmente a Carmen Kurtz. Mi curiosidad, en principio, procede de la extraordinaria cantidad de obras que tiene publicadas, más de sesenta títulos, de los que se han derivado numerosas ediciones. Como muestra un botón: *Veva*, publicada por vez primera en 1980 y que, en septiembre de 1997, estaba ya por la decimoctava edición. A fecha de hoy, el registro del ISBN recoge noventa y cuatro ediciones y reediciones de sus libros.

Como curioso lector, me interesa especialmente su decisión, tras haber recibido importantes premios como novelista, «Planeta», «Ciudad de Barcelona», «Café Gijón», de volcar su creatividad en la literatura infantil y juvenil, con la que también ha cosechado numerosos galardones.

Y, en fin, en lo personal, como Federico Ibáñez, muchas gracias a quienes van a glosar la vida y obra de la autora y a todos ustedes por haberme proporcionado la feliz ocasión de conocer a la admirada y querida Carmen Kurtz.

Barcelona, 27 de mayo de 1998

LA APORTACIÓN DE CARMEN KURTZ A LA LITERATURA INFANTIL

Montserrat Sarto Canet

Varias veces ha dicho Carmen Kurtz que ella escribe desde que tenía doce años. Lo difícil es encontrar lo que escribió desde entonces y la aparición real de su literatura. Si nos valemos de las publicaciones de los años cuarenta (visibles), encontramos *Las fantasías de Nana-Namur*, *Huevos de Pascua*, *Aventuras de la gallina Clo-Clo* y *Aventuras de Atu el pingüino*, entre 1947 y 1948, publicadas como Carmen de Rafael y editadas por Molino, unas con pie de imprenta de Buenos Aires y otras de Barcelona. Pero pienso que valdría la pena investigar un poco más y encontrar los cuentos que antes de esta fecha escribía Carmen en cantidad sorprendente: de tres a cinco cuentos cortos diarios.

Pero situémonos en el momento en que deja a Carmen de Rafael y aparece Carmen Kurtz. En 1961 su novela *Tres muchachos en la Manigua* queda finalista del Premio Juvenil «Cadete». *Color de fuego* gana en 1964 el Premio «Lazarillo», que edita Cid. *Primer camino* sale en editorial Zagor, en 1965. *Chepita* lo edita Igreca en 1975. Y más adelante sus libros de cuentos, que encontraremos en la bibliografía.

Pero me gustaría fijar la atención en lo que ha tenido más fuerza en el campo lector de los niños: su personaje Óscar y la aparición de Veva.

Cuando aparece Óscar la literatura infantil estaba en un momento de transición. Títulos y editoriales que habían gozado de la estimación popular desaparecían o iban debilitándose. Otras, existentes de años, se planteaban iniciar colecciones para niños. ¿Porque los niños leían más? ¿Porque se quería mejorar la literatura infantil de los años cuarenta y cincuenta? Pienso que las causas eran varias y quizá no venga a cuento analizarlo ahorar, pero sí tenerlo presente.

En este momento es cuando aparece *Óscar cosmonauta*, en torno al proyecto de encontrar un lugar en la Luna. Estamos en 1962.

Y ¿cómo es este Óscar que nos presenta Carmen Kurtz? Un niño sencillo, que vive con su padre, Jorge Tur, pasando dificultades algunos días, que va a la escuela y allí está don Rufino, su maestro; chico simpático, inteligente, generoso, ingenuo... No es el personaje fácil por sus travesuras ni tiene espíritu aventurero. Es un personaje que lleva una vida normal, que se ve envuelto en lo insólito. Siente curiosidad por lo desconocido y es esta curiosidad la que, sin sentir, le lleva a la aventura.

Los amores de Óscar están bien definidos. Siente y ama a su padre, a sus amigos, al maestro, a los vecinos. En torno a él flota un ambiente cordial, sociable.

Cumplida la aventura regresa a casa en el anonimato, no es un héroe encumbrado. *No muere ni crece*, permanece en los doce años. Esto permite a la autora continuar su historia y hace que los lectores lo esperen siempre. La pregunta frecuente en la librería es: «¿Ha salido otro Óscar?».

El primer Óscar ya nos los sitúa en un escenario concreto que será la referencia obligada: el descampado de su barrio. En este descampado aparece un día una vieja caldera de barco abandonada. El padre de Óscar la acondiciona para que jueguen los chicos. La manipulan y un día la caldera despega a otros mundos.

La serie de Óscar no va detrás de la aventura. Sirve, eso sí, a los temas que le pueden «sonar» a un niño, tema que está en el ambiente cotidiano: el yeti, el láser, la espeología y el progreso de los hombres-rana; los OVNI y los conflictos interplanetarios; cuando le encontramos como agente secreto sirve para desafiar al «bondismo» del que estaba saturada la televisión en aquel momento y hacía impacto en los niños; cuando nuestro personaje pisa África sirve para hacer un canto a la evolución de los pueblos africanos, valiéndose de un personaje tan precioso como la congoleña Nakatiya... No es buscar la aven-

tura por la aventura, es servirse de ella para dar a conocer lo que vive y ocurre en el mundo. Y los niños lo comprenden y buscan esta literatura.

Conjugar la realidad del momento, con la acción y la fantasía es el camino que ha seguido Carmen Kurtz en la trayectoria literaria de su personaje Óscar.

Pero he dicho antes que hay otro personaje creado por Carmen. Es Veva. En abril de 1980, sale el libro que introduce a Carmen en otros ambientes: *Veva*. ¡Cuántas conversaciones ha llenado Veva! Y la infinidad de comentarios que ha suscitado.

Francisco Cubells Salas, en una reunión de estudiosos de la literatura infantil, nos hace observar el uso de la letra *o* al comienzo del libro. La redondez de la letra es ternura, intimidad: otoño, bombo, bola, gordo, frío, oscuro, gusto, corazón, sonido... Veva recuerda «un lugar cálido, redondo, en donde todas mis necesidades se hallaban a cubierto». Y cuando habla de su primera comida, las redondeces tibias del pecho de su madre las califica de «el mejor invento de la naturaleza».

Un buen ginecólogo de Madrid va un día a comprar en la librería Talentum, ha leído *Veva* y nos dice: «Es la mejor explicación de la maternidad que se puede dar a un niño».

Y luego vino la traslación de *Veva* a las recién casadas que van a ser madres por primera vez. Ni se sabe cómo han llegado a ellas las noticias del libro. Dice una psicóloga: «No toman como acto de fe el que su hijo les ayudará en el parto, por supuesto, pero les da ánimo, les ayuda a perder el miedo».

Aún otra curiosidad. Una tarde se presenta en la librería una persona con un recorte de prensa en la mano. Es del 20 de febrero de 1981, *Veva* había salido en abril de 1980. El suelto del periódico dice: «Uruguay: un bebé de dos meses habla correctamente». Y explica que en Artigas, población al Norte

de Montevideo, Juan Daniel Gómez comenzó a emitir sonidos semejantes a palabras conocidas del idioma castellano, mamá, tío, leche... a poco tiempo de su nacimiento». A los lectores les hace impacto, ¿será verdad? ¿Entonces Veva...? La infinita fantasía de Carmen Kurtz se agiganta y toma forma de «puede ser».

Poco espacio nos queda para todo lo que queda por decir, pero, al menos, penetremos un poco en el lenguaje que emplea Carmen cuando escribe para los niños. Se ha elogiado la buena aplicación de los calificativos, hecho que sorprende ante el inadecuado lenguaje incluso de los adultos medianamente cultos. Alguien ha osado decir, «lo mejor después del Quijote». Si aplicamos un pequeño análisis a la extensa obra de Óscar vemos que un lenguaje familiar acerca al niño cualquier historia, «Colines era la única ricachona del grupo», «Andrés, el brutote de Andrés...». Al apoyar su novela en cuestiones científicas, emplea un lenguaje científico, o casi podríamos decir que acerca al niño a términos que clarifican su comprensión. La explicación del láser, «amplificación de la luz por emisión estimulada de la radiación» a Óscar le da estas siglas ALEER, pero pronto le aclara el maestro que LASER es en inglés. En otro momento es la misión de un buque oceanográfico el que descubre otro mundo a los lectores. Las palabras cultas que enriquecen el vocabulario del niño están medidamente colocadas en un contexto clarificador que permite la asimilación casi sin sentir. Algo parecido ocurre con el vocabulario ortográfico. Seguro que el lector de los libros de Óscar no habrá tenido grandes problemas si en su escuela se practicaba todavía el *dictado*, porque «la burbuja neblinosa entró en acción» y, además, palabras como abuhardillada, boquiabiertos, divagas... Hagamos un paréntesis en atención a los investigadores de los fracasos escolares que dicen que son causas de

los mismos, la falta de lectura en voz alta en la escuela, la ausencia del dictado y la carencia de la habilidad lectora. Atendiendo a la producción literaria para niños de hoy, pocos títulos podrían alcanzar la riqueza de lenguaje que Carmen Kurtz aportó a los lectores de los años sesenta a ochenta.

Mas, quisiera dedicar un espacio a hablar de Carmen, de su pensamiento, ya que su obra ha quedado más o menos esbozada.

Entre las cualidades que he descubierto en Carmen está su gran sensibilidad, su talento, un gran sentido del humor, amor a la justicia y un deseo muy grande de transformar el mundo, de hacerlo mejor. Como destacaba Rafael Morales el día de la presentación de *Veva*, estas cualidades han quedado reflejadas en su obra porque «han quedado abiertas las puertas y ventanas para la justicia, para la comprensión y para el amor».

Se conoce perfectamente a sí misma. Cuando en una entrevista le preguntaron si se tenía por mujer amorosa, contestó: «Amorosa pero no ardorosa. Creo que fue un fallo debido a la muerte prematura de mi madre».

A los seis años leía la revolución rusa en *La ilustración española*. Y añade, con la gracia que le ha caracterizado siempre: «Entonces el hilo se vendía por metros».

Cuando empezó a escribir –era niña todavía– también escribía poesía. «Ahora sería incapaz de escribir lo que escribía entonces de poesía. En poesía la mediocridad no debe existir».

Probablemente el éxito de Carmen con los niños está en el conocimiento que tiene de ellos. Óscar no crece, no pasa de doce años. Carmen lo explica: «Los doce años es un límite en la infancia de un muchacho».

«Un escritor no ha de mirar al niño desde arriba: ha de ponerse a su nivel. Y despojarse de toda vanidad.» ¿Eso es posible? Y ella misma lo aclara:

«Yo creo que sí, escuchando a los niños. Esto se logra fácilmente. Cuando uno está con los niños y les escucha, ve cómo hablan. Lo que pasa es que los mayores no escuchan a los niños; les hacen callar».

Los libros de Carmen Kurtz han sido traducidos a varios idiomas, sobre todo para los niños de los países del norte de Europa. Y el éxito lo conoce Carmen: «Los niños finlandeses se identificaron plenamente con Óscar, lo que apoya mi tesis de que un niño típicamente español puede ser un niño universal».

Y como final de este «escaparate», dos descubrimientos personales. A Carmen le hubiera gustado ser bailarina, y otro deseo suyo es haberse vestido de payaso para divertir a los niños con sus ocurrencias.

No voy a entrar en los galardones y premios que ha tenido Carmen en la literatura para adultos, pero creo que debe quedar constancia aquí de los que ha recibido en el campo de la literatura infantil.

Aun con el riesgo de olvidar alguno, aquí están los más notables:

–Premio «Lazarillo» en 1964.

–Lista de Honor en el Premio «Hans Christian Andersen» en 1964.

–Premio de la Comisión Católica Española de la Infancia (CCEI) en 1964, 1967, 1975 y 1981.

–Finalista del mismo premio en 1966 y 1978.

–Premio del Ministerio de Cultura al Libro de Interés Infantil en 1975, 1978 y 1979.

–Dos veces candidata de España a la medalla Hans Christian Andersen.

Siento no conocer los premios que haya merecido en Cataluña, pero imagino que los amigos tendrán recogido en el recuerdo todos cuantos hayan recibido y sabrán disculpar mi ignorancia.

Como nota final curiosa podríamos destacar aquí algunos de los ilustradores de la obra de Carmen Kurtz: Lozano Olivares, Alejandro Coll, Carlos M^a Álvarez, Pablo Ramírez y Odile, firmando en algún caso Odile Kurz. Imagino que hay algunos más que desconozco.

Y para los investigadores y estudiosos de la literatura para niños puede ser una pista saber que las obras de Carmen se encuentran principalmente en las siguientes editoriales: Molino, Juventud, Cid, Lumen, Zagor, Escuela Española, Noguer, SM, Magisterio Español y puede quedar alguna en el olvido involuntario.

LA GENEROSIDAD DE CARMEN KURTZ

Ana María Moix

En primer lugar quisiera felicitar a la Asociación Colegial de Escritores de Catalunya por haber tomado la iniciativa de rendir homenaje a Carmen Kurtz, una idea extraordinaria que apoyamos todos los que estamos aquí y muchos de los que no han podido asistir a este acto, y lo hacemos con entusiasmo porque lo merece no sólo como escritora sino como persona. Parece elemental saber que detrás de un escritor hay una persona, aunque demasiado a menudo lo ignoremos. En Carmen Kurtz reconocemos a una gran escritora pero también a una gran persona y no sé cuál de los dos personajes merece con mayor gratitud este homenaje.

Para que sirva de introducción haré un breve resumen de su obra. Después me permitiré hablar más de la persona a quien tuve la suerte de conocer y tratar largamente cuando contaba diecisiete años y que, por tanto, ha ejercido una influencia muy importante en mi vida.

Carmen Kurtz –lo podemos verificar ya hoy en cualquier Enciclopedia de la Historia de la Literatura–, nace en Barcelona en el año 1911 con el nombre de Carmen de Rafael Marés. Tras vivir en Francia entre 1935 y 1943 regresó a España y empezó a escribir libros para niños, género en el que, entre otros títulos y en esta primera etapa, destaca *Color de fuego* hasta que mucho más tarde iniciaría la célebre serie Óscar, con la que se abre un nuevo camino dentro de la literatura infantil sensato, racional, divertido y positivo para el lector juvenil.

Paralelamente a esta serie, y ya con anterioridad, la autora escribe novela con un notable éxito desde el principio. Ganó varios premios, el primero de ellos el «Ciudad de Barcelona» en el año 1954 con la novela titulada *Duermen bajo las aguas*, un relato vivencial situado en el dramático marco de la guerra europea. Le sigue *La vieja ley*, publicada en 1956, una desoladora descripción de la prostitución juve-

Ana María Moix. Poeta, novelista y traductora. Formó parte de la célebre antología *Nueve novísimos*. Su obra poética está recogida en *A imagen y semejanza* (1984). Entre otras ha publicado las novelas: *Julia* (1970), *Walter por qué te fuiste* (1973). Ha sido galardonada en dos ocasiones con el Premio «Ciudad de Barcelona» por *Las virtudes peligrosas* (1985) y *Vals negro* (1994).

nil en la Barcelona de posguerra. Más adelante publicó *El desconocido*, novela que obtuvo el Premio «Planeta» en 1956, una novela de una gran modernidad, con una estructura muy racional, muy estudiada, con un armazón narrativo realmente perfecto. De esta novela nos hablarán Assumpta Roura y Pere Gimferrer, pero quiero avanzar que plantea los estragos causados en la personalidad de un ser humano sometido a situaciones límite como son la guerra y los campos de concentración. En 1961 publica *Al lado del hombre*; en 1968, *En la punta de los dedos*; ya en 1969, *Entre dos oscuridades*, un emotivo alegato contra la pena de muerte; *Al otro lado del mar*, en 1973; *Cándidas palomas*, en 1975; *El regreso*, en 1976 y *Veve*, en 1980.

Como he dicho, conocí a Carmen Kurtz cuando tenía diecisiete años y ahora, al cabo del tiempo, recuerdo aquellas estancias en su casa de una manera muy especial. Me refiero a esas vivencias apreciables sólo al paso de los años porque en su momento, y sobre todo si sólo se tienen diecisiete años, resulta imposible valorar su verdadera importancia. Por supuesto que me unía a Carmen una gran amistad, un cariño inmenso que aún hoy sigue, pero lo que entonces no alcanzaba a estimar era el valor que tenían aquellas conversaciones en casa de esta gran escritora. Que una escritora te recibiera semanalmente, te hablara de mil cosas, de mil asuntos privados, públicos, literarios, que se tomara la molestia de escucharte —yo entonces era una aprendiz y aunque lo siga siendo en aquellos años tan sólo empezaba—, y que además corrigiera lo que escribías, es algo para lo que resulta imprescindible el paso del tiempo si se quiere apreciar con sinceridad porque a fin de cuentas muestra la talla moral y la generosidad de alguien que empleaba su valioso tiempo de escritora en leer a alguien que comenzaba. Dudo mucho que exista hoy un escritor con la generosidad suficiente para dar parte de su

tiempo a alguien que necesite aprender a escribir. Algunas veces se me ocurre pensar en cómo se las apañan en la actualidad los que empiezan este oficio, después de comprobar la situación del mercado editorial y de la profesión de escritor, sin contar con una persona como Carmen Kurtz, ese tesoro que nosotros logramos encontrar.

Carmen Kurtz, en aquella época, fue la primera escritora profesional a la que tuve la oportunidad de conocer y con rigor he de decir que era una gran profesional. He conocido a pocas personas dedicadas a esta profesión con el sentido metódico, ordenado y de dedicación que ella le prestaba. Recuerdo que por las mañanas, Carmen, tras dar una larga caminata por la calle Muntaner, se ponía a trabajar en las colaboraciones de prensa y por la tarde escribía sus novelas. Alternaba una novela para adultos con Óscar y nos contaba un montón de cosas acerca de lo que estaba escribiendo, por ejemplo las pegas con que se encontraba y, al cabo de una semana, cómo las había solucionado, de modo que asistíamos a la creación de una novela, a lo que es la cocina del escritor, sus problemas prácticos, por si fuera poco, contados de una manera tremendamente pedagógica. Estoy convencida de que Carmen por su clarividencia, su racionalidad y su manera de explicarse clara, concisa y eficaz hubiera sido un talento en el mundo de la educación; una maestra notable.

Recuerdo cuando empezó a escribir Óscar por su obsesión contra la literatura infantil edulcorada, aquella que se dirigía a los niños con diminutivos por considerarles tontos en lugar de niños. Doy fe de cómo se documentaba para narrar cada una de las aventuras de su protagonista, *Óscar y el láser*, *Óscar espeólogo*, y cómo sabía aprovechar cuanto leía para gestar la historia de aquel niño simpático, siempre acompañado de una amiga entrañable que era vecina suya logrando así una identificación total del lector con el protagonis-

ta. Vivir de cerca y de una manera tan natural, y siendo tan joven, la manera cómo un escritor profesional disfruta planificando, hablando y escribiendo de sus libros es una lección realmente impagable.

Algún día, –sin demorarse demasiado– habría que revalorizar a estas escritoras que publicaron en España en los años cincuenta y sesenta y que, sin pretender que hayan sido marginadas puesto que han sido escritoras de mucho éxito, leídas y queridas por el público, no han sido lo suficientemente estudiadas en su contexto. Es una generación de mujeres a la que no se le ha prestado la atención necesaria. Ahora se habla mucho de la literatura escrita por mujeres pero es que ya en los años cincuenta y sesenta había muchas escritoras en España con un gran talento. Considero necesario recuperar para su estudio a estas figuras.

Con referencia a sus colaboraciones periodísticas hay que decir que estamos ante una personalidad tremendamente moderna. Que ya en aquellos años una mujer estuviera a favor del divorcio, que aconsejara a las mujeres que trabajasen, que tenía muy claro, y así lo manifestaba, que la independencia de la mujer pasaba por el trabajo tiene un mérito muy notable que no apreciamos en profundidad. Esta actitud ayudó mucho a despertar una conciencia que después ha ido creciendo y que ha contribuido a ampliar uno de los movimientos más importantes de los últimos cincuenta años y no sólo entre las mujeres que empezábamos a escribir sino en todas las mujeres en general. No deberíamos olvidar que en el contexto histórico en que se produce, mujeres como Carmen Kurtz corrían un riesgo por lo que manifestaban.

CARMEN KURTZ: APUNTES Y REFLEXIONES SOBRE LA OBRA EL DESCONOCIDO

Assumpta Roura

Cuando ya han transcurrido cuarenta y dos años desde la publicación de la novela *El desconocido*, de Carmen Kurtz, merecedora en aquel año de 1956 del Premio Planeta, creo que se tiene la obligación –aunque pueda parecer una ingenuidad y al fin resulte un ejercicio muy complicado–, de entrar de nuevo en la lectura de esta obra lo más despojado posible de piruetas crítico-intelectuales y recibirla en un estado lo más próximo posible a la virginidad. Trato de plantear con ello que lo primero que hay que hacer es sacudir el sentido convencional de lo virginal para que desaparezca su lastre de virtud desplazada de sus orígenes más ancestrales y sometida a intereses aberrantes para volverla a colocar en el ámbito de una curiosidad primaria, aquel lugar desde donde se siente la necesidad de dejarse llevar por la voluptuosidad de las sensaciones que no por ser conocidas dejan de alcanzarte como si fuera la primera vez que te apresan. Estoy convencida, por otra parte, que éste es el obligado homenaje que se le debe a Carmen.

Soltarse, no fingir que se sabe, es la condición primera para que los protagonistas de esta historia –que desde hace tanto tiempo merece mi atención–, avivan emociones, esa carne viva con la que renace el lector cuando se la come, como decía Unamuno, y no en un sentido lánguido y conformista del término sino en su sentido más transgresor, aquel que empieza por azotar la musculatura de la *psique* y acaba emplazándote al otro lado del espejo donde, por estar todo del revés, los sueños, que no la ausencia del dolor ni los finales felices, son posibles.

En las citas previas a cada capítulo de *El desconocido* –todas ellas fragmentos de la Odisea–, y ya desde el comienzo, con intención o sin ella, Carmen Kurtz nos pone una trampa: la de hacernos creer que vamos a seguir los pasos de una Penélope contemporánea tejiendo y destejiendo anhelos mientras

Assumpta Roura es escritora. Entre sus obras más recientes destacan los ensayos *Telenovelas pasiones de mujer: el sexo del culebrón* (1993); *Nosotros que nos quisimos tanto* (1996) y *La mujer ante el espejo* (1996). *Estudiosa del impacto de los medios de comunicación en la sociedad actual, colabora en diversas emisoras de radio. Sobre temas de comunicación, ha dado conferencias en diversas universidades e instituciones y ha participado en seminarios y congresos.*

espera el regreso del amado. Nada más lejano a este propósito.

Situados en el marco conformista y aparentemente apacible de la burguesía barcelonesa, los protagonistas de esta novela son ante todo seres fantasmales, transgresores en estado puro de la realidad que les ha tocado en suerte. Sin duda, uno de los aspectos más interesantes es que no se conforman con mostrar sus conflictos escenificando estropicios mediocres o accidentales rebeldías al uso, sino que dejan que sea el tiempo, ese hacedor de cosas normalmente imposibles, el que elabore artesanalmente la transformación. Mientras tanto, en ese tejerse y destejerse a sí mismos, nos exigen el mismo respeto que a ellos les merece su entorno y por esa misma regla de juego reclaman la misma comprensión para con su propio destino. Ahí radica, precisamente, la inteligencia de la autora, de esta obra y su modernidad: en saber que a pesar de lo arraigado de las tradiciones de su casta, a las que en principio quieren mostrar su fidelidad, deberán situarse al margen de ellas para cumplir con su propia vida y sus propios deseos que acabarán imponiéndose de tal modo que no habrá otra salida que la de someterse a su voluntad tras admitir y lograr que los demás al menos comprendan que las formas de estar en el mundo no admiten una única posibilidad.

Este paso *al otro lado del espejo* es, y no podía ser de otro modo, doloroso. No obstante, el dolor que siente desde el primer instante la protagonista, Dominica, y que nos contagia, es un dolor distinto al de su entorno sujeto a un impulso primario, instintivo. Se trata de aquel que exige de una elaboración intelectual previa y complicada: el dolor culpable de quien soporta la ausencia de dolor, de alegría, de inquietud, de curiosidad, de cualquier emoción y apenas si las puede tomar en préstamo de los suyos, mientras en el puerto de Barcelona, cícunscritos en

una estética coral, esperan la llegada del hijo, del marido ausente durante doce años quien, para entregarse a sus afanes heroicos y como única huida posible de la insignificante vida que le ha tocado en suerte –la casa en el Paseo de la Bonanova, el despacho de abogado, su mujer de la que enamoró una noche de tormenta en Palafrugell, cuando la entrevió bajo la lluvia como un ser venido de otro mundo, distinto, inquietante–, se alista voluntario en las filas de la División Azul con el pretexto de contribuir a salvar a la humanidad, pero con la evidencia de querer ante todo salvarse a sí mismo. En un poema de Manuel Vázquez Montalbán leemos las claves que razonarían esta huida que si bien aparece cruel a los ojos de los demás, mucho más cruel resulta contra uno mismo: «por qué la nostalgia del paraíso / exige el sacrificio de un elevado tanto por ciento de realidad / por qué la huida es el estado perfecto de los seres / que han intentado saber el nombre de cuanto les rodea / la intención de todo lo que hacen / los abismos que te dejan en las fauces del absoluto». La huida, sin embargo, no deja de ser esa falacia hija de sueños imposibles; acaba por ser ese final que exige otro comienzo.

Son estos tiempos –comienzo, final, comienzo–, por los que Carmen Kurtz sugiere que nos adentremos, nos toma de la mano y nos muestra un paisaje donde nada es lo que parece. En el acto mismo de indicarnos quién es quién, nos encontramos con seres sujetos a múltiples transformaciones, lo que nos permite pisar un magnífico paisaje de susceptibilidades, de insatisfacciones, de egoísmos que lejos de dejarnos insatisfechos acaban por reconciliarnos con nosotros mismos. Pero también en esa sucesión de tiempos, quien narra tiene la habilidad de confundirnos: su comienzo es un final, el fin de una hazaña, el fin de un encuentro, el fin de unos objetivos compartidos, el fin de un destino en el que

se creía que todo iba a suceder dentro de los límites de lo previsible.

Este final que es un comiezo no se nos presenta de imprevisto, imponiendo su voluntad contra lo establecido sino que la narradora nos lo acerca despacio, dejando que nos aceche a condición de que se ande con los rodeos necesarios para que nos envuelva con la misma voluptuosidad con la que los protagonistas son capaces de aceptar estos desencuentros.

La huida del protagonista, que habrá de ser *cosa de semanas*, según le confiesa a su mujer y la presumible espera de ella no por ser importantes confieren a la novela el carácter de línea argumental. Si acaso estos dos hechos sirven de arranque para conducir al lector hacia un discurso que somete a debate el heroísmo del huido y la presunta pasividad de quien espera. Efectivamente en uno y otro caso la deformación de la evidencia nos pone de nuevo en vilo. Ni el héroe regresa victorioso ni la mujer que le espera ha vivido anestesiada por la esperanza del regreso.

Bien poca cosa es el tiempo si no toma fuerza y forma en el acontecer cotidiano, en el rictus, ese icono que esconde todos los secretos de las sombras que unas veces arrastras y otras te arrastran. Por ello, ese tiempo de espera de la protagonista es un tiempo activo aunque en él no se representen los signos equivalentes a las presuntas heroicidades del ausente sino la falsa inmovilidad de la rutina, aquella que hace mella, encallece, sustrae de lo más profundo del ser impulsos desconocidos y entreteje silenciosamente un nuevo rostro humano.

Es desde este nuevo lugar que Carmen Kurtz nos habla de «el desconocido». Dominica, la protagonista, va a encontrarse con el que fue su marido, no con quien lo es a pesar de las apariencias. Del contraste entre el pasado y el presente emergen esos seres que se encuentran para no reconocerse, que deambu-

lan por las calles de Barcelona sin saber a ciencia cierta si la imagen que les devuelve el espejo donde por rigurosa tradición han de verse reflejados, como son esas cenas con sus amigos de siempre en el Círculo Ecuestre, son ellos mismos o una grotesca imitación que por cumplido ha venido a reemplazarles.

En este desencuentro con uno mismo y con el entorno, habremos de asistir también a una reflexión sobre el deseo. No se trata de un breve apunte, de una escena apenas entrevista, sino una vez más de una cuidada labor que atestigua la soledad a la que ambos se ven abocados. Así, desde la primera noche en que Antonio trata de buscar el cuerpo de su mujer con lo único que se encuentra es con sus propias manos tratando de moldear una negativa, no a la manera de un no rechazo contundente, sino amparada por el desconcierto que desatan un sinfín de interrogantes cuyo único canal de salida es el silencio. La autora nos ahorra pretextos al uso para que nos adentremos en la reflexión. Y de esta ausencia de palabras el lector habrá de intuir la voz que dice: No te conozco, no sé quién eres, no te quiero y no te deseo».

A partir de aquí los papeles se habrán invertido. Ella ya cumplió con el deber de la espera de la misma manera que cumplió con el deseo de su compañero al aceptar su marcha. La espera, sin embargo, tuvo vida propia y su papel concluyó antes del regreso, antes que desapareciera la incertidumbre de saber si estaba vivo o muerto, y a pesar de que la intuición del padre le mantuviera en vida y luego un telegrama se lo confirmara. Siguiendo leyes inalcanzables a la razón, concluyó al sentir que no tenía nada que esperar, que quién fuese que se hubiera ido y ahora volviera ya no le producía ninguna desazón. Será por tanto a él a quien le corresponda situarse en el tiempo de espera. Esperar a que cada uno encuentre el nuevo espejo que le identifique con el riesgo de

un desencuentro definitivo. En este nuevo tramo, una vez más la intervención perversa del sentimiento de culpabilidad. Alguien ha desbaratado las piezas perfectamente encajadas del puzzle y le desborda el sentido de la responsabilidad por el desbarajuste. Un estallido casi feroz de desconcierto desborda a la protagonista quien huyendo, también ella, de la realidad busca refugio para su desamparo en un acto tan presumiblemente heroico como es la muerte.

Final y comienzo de nuevo. Una vez más será el azar quien juegue a los dados y la suerte querrá hacerle la zancadilla e impedirle la marcha. No impedirá, en cambio, el acercamiento lento al desconocido para procurar al menos un nuevo encuentro.

La lectura de esta novela premiada de Carmen Kurtz, invita al acto de callarse. Ojalá que sirva mi aportación para que su obra adquiriera entre los nuevos lectores el prestigio y la referencia obligada que entre los de mi generación ha tenido.

MI HADA MADRINA

Maruja Torres

Gracias por darme la oportunidad de estar otra vez cerca de Carmen Kurtz, mujer en la que no dejo de pensar cuando tengo que enfrentarme a un trabajo difícil y me pregunto qué es lo que ella me aconsejaría. Siempre temo defraudarla, y quizá sea por eso por lo que finalmente nos hayamos visto con tan poca frecuencia, por no saber si le habrá gustado lo que he hecho en mi vida. Carmen Kurtz es finalmente la responsable de lo que soy hoy.

Guardo un documento que para ustedes resultará curioso y que para mí es muy entrañable. Se trata de una entrevista a Carmen Kurtz publicada en octubre de 1964 cuando ganó el Premio «Lazarillo» de narrativa infantil con su libro *Color de fuego*, y en donde podemos leer una serie de respuestas que ya la definen como la persona que es, con esa generosidad, entrega y respeto hacía los jóvenes a la que ya Ana María Moix acaba de hacer alusión.

Dice lo que sigue:

- *Leyendo sus libros se advierte la ausencia del héroe solitario y el protagonista de las historias es más bien todo un grupo.*
- Se trata *–responde ella–*, de una tendencia que impera en la literatura infantil actual. En mis libros, en cambio, procuro imbuir siempre un sentido social, de compañerismo, de ayuda entre unos y otros. El héroe único contribuye a fomentar el ego del niño *–esto lo tendrían que ver ahora todos los que hacen películas para niños–*. La idea de grupo le enseña a ser útil y a necesitar de los demás.
- *¿Por qué los niños que aparecen en sus libros son de clase modesta?*
- Porque considero que el niño humilde, al que personifico en mi personaje Óscar, un chico cualquiera de una barriada cualquiera, al tener menos juguetes emplea más su imaginación, está más dispuesto a soñar y a inventar.

Maruja Torres. Periodista y escritora. A finales de la década de los 60 entró como ayudante de redacción en el diario La Prensa. Desde entonces ha colaborado en diversos medios de comunicación. A partir de su trabajo en el diario El País, empezó a escribir y a publicar diversos libros, entre ellos: ¡Oh, es él (el viaje fantástico hacia Julio Iglesias) (1986); Ceguera de amor (culebrón del V Centenario) (1992); Un calor tan cercano (1998) y Mujer en guerra (1999), donde trascurren sus 35 años de profesión periodística.

No olvidemos que estamos hablando del inicio del consumismo, año 1964, años de desarrollo, López Rodó, etcétera. Pero sigamos con la entrevista y leamos con atención la respuesta de Carmen para conocerla todavía más:

- *¿Qué cualidades ha de reunir un escritor de literatura infantil?*
- Sobre todo ha de carecer de amarguras. Debe haber superado todas las decepciones y tener una visión optimista, que conserve, en el mejor rincón de sí mismo, ilusiones indestructibles y fe en la vida. También es muy importante saber escuchar a los niños y a los muy jóvenes porque de ellos siempre se aprende.

Esto lo decía una escritora que estaba en la cresta de la ola y si la entrevista no es buena, es porque la firma una debutante llamada Maruja Torres, quien hacía tan sólo seis meses había mandado una carta al diario *La Prensa*, en donde Carmen tenía el consultorio más avanzado de la prensa española a la altura de cualquier consultorio sociológico, que no tenía nada que ver ni con consejos del corazón ni con recetas de cocina.

Cuando yo conocí a Carmen Kurtz, ella ya había regresado de Francia en donde había vivido la guerra y en donde había podido comprobar que, como consecuencia de la misma, las mujeres, ocupando los puestos de trabajo que dejaban los hombres que estaban en el frente y con capacidad para seguir adelante, lograban emanciparse. Carmen regresó a España con esta constatación y no la olvidó jamás.

En cierta ocasión, en su consultorio, que era el espacio más leído de la última página del diario *La Prensa*, un joven se decidió a escribirle muy cabreado porque las mujeres que encontraba resultaban ser muy esquivas y muy independientes y a él, que era un buen partido, no le hacían caso. Yo mandé otra carta, pedante y larga pero muy sentida, diciendo lo

poco que nos importaba a las mujeres que él fuera un buen partido porque también nosotras teníamos un sueldo. Ahí Carmen respondió: «Por fin ha ocurrido lo que yo me estaba imaginando». Y una última frase en su respuesta que cambió mi vida para siempre. «No me es posible ocupar más espacio –tuvo la generosidad de reproducir mi carta entera–, le ruego quiera enviarme su dirección, me agradecería cambiar impresiones con usted más directamente.»

Si en mi vida ha habido un hada madrina, si ha existido una piñata que se abrió de golpe delante de mí y derramó sus dones, ha sido Carmen Kurtz. Como muy bien dice Ana María Moix, su generosidad no conoce límites. Yo me apresuré a mandar mi teléfono y cuando me telefoneó –yo estaba temblando–, enseguida me puso al corriente de las circunstancias de su vida, tan personales, y me dijo: «Me gustaría verte en mi casa, pero a lo mejor no quieres venir.» Yo tenía veintiún años y Carmen era la primera persona que sin conocerme me hablaba sin hipocresía. Emocionada y casi llorando le respondí que iba a ir y que además apreciaba el gesto. Fui, y por primera vez en veintiún años, encontré cariño, generosidad y respeto. Una escritora de su talla y su valía me respetaba porque le había mandado una carta, al parecer bien escrita, y por si fuera poco, era capaz de apreciar en mí ciertas cualidades con la ilusión de quien descubre un diamante en bruto. Diamante en bruto o no, ella vio en mi algún destello y puso a mi disposición sus palabras, la conversación, su biblioteca maravillosa donde los libros tenían vida. Yo conocía la biblioteca de los hermanos Moix, que tenían la casa con más libros de cuantas casas yo conocía, pero los libros de Carmen Kurtz estaban destinados a una vocación, a una profesión llena de rigor. Recuerdo que me aconsejaba: «Lee en voz alta que así sabrás si te equivocas, lee a los clásicos españoles...». Increíble. Luego hizo más: me llevó al diario *La*

Prensa, me presentó al director y me lancé a la vorágine. Yo no sabía, no tenía ni idea, de que quisiera ser periodista. Lo supe diez o doce años después y para descubrirlo tuve que vivir mucho. Todo aquello no sólo cambió mi vida sino que me hizo tomar conciencia de que detrás del Premio «Planeta», que yo conocía sólo por las notas que salían en el *Hola*, en las que estaba incluso Marta Moragas de Moragas y tantos otros importantes, había otras mujeres –Concha Alós y Josefina Carabias–, represaliadas de la guerra o marginadas intelectualmente, que eran extraordinarias.

A mí Carmen me sorprendió siempre. Tenía las piernas más bonitas que he visto en mi vida y ahora que se las acabo de mirar, las sigue teniendo igual de hermosas. Unas piernas esbeltas y delgadas que yo, gordita y patosa, envidiaba. Era alta y hablaba varios idiomas sin ningún asomo de pedantería. Carmen nunca escribiría cartas lamentables a ningún editor ni se enzarzaría en polémicas vanas. Era elegante y comprensiva –nunca escuché que hablara mal de ningún colega ni de nadie–, y con un método de trabajo, que yo nunca he conseguido imitar, disci-

plinado sin dejar de disponer de tiempo para su nieta, para ir a la compra, para saberlo todo.

Algunas veces me daba corte subir a su casa y antes me tomaba una copa para estar más brillante y no decepcionarla. Paraba en una bodeguita que había debajo de su casa, en la calle Ciudad de Balaguer, y yo le contaba cosas de aquel lugar que ella ya sabía porque, básicamente, Carmen ha estado enraizada en la vida y por eso no se ha perdido casi nada y ha podido contar las cosas como las ha contado.

Habría que recuperar toda lo publicado en el diario *La Prensa* para comprobar el espíritu de una librepensadora en el sentido más amplio del término, una liberal de las de antes, alguien que como lo demuestra también en *Duermen bajo las aguas* trataba que leyéramos siempre el mismo mensaje; sé feliz, avanza; «sé feliz, trabaja; avanza y no te tortures».

Carmen es una mujer que lleva consigo el instinto de ser feliz y de aprovechar lo que se tiene. Yo la quiero mucho. Y el amor, como todos sabemos, es lo que perdura.

TODA GRAN NOVELA ES TIERRA DE NADIE

Javier García Sánchez

Pertenezco a una generación de novelistas que a la hora de hablar de las influencias siempre solía recurrir a autores ingleses, o franceses. Estaba de moda en los años setenta y lo estaba en los años ochenta reconocer cierta proclividad hacia Celine, Henry James, Flaubert, cuando no Joyce, Faulkner y aún prosas más «complicadas». Resultaba mucho más embarazoso y no exento de cierto riesgo reivindicar a un autor de aquí de los años anteriores a los mencionados. Reconozco hasta qué punto podíamos jugar a un doble juego porque lo que decíamos no era lo que realmente pensábamos. Ya cumplidos los treinta años me propuse reivindicar aquello que verdaderamente me ha influenciado literariamente: me refiero a que además de autores de otros países dos novelas son mis referentes, *El camino* de Miguel Delibes, y *Duermen bajo las aguas* de Carmen Kurtz que es la que voy a glosar hoy.

Duermen bajo las aguas fue quizá una de las primeras novelas que leí, a mis quince o dieciséis años, quizás menos. Desde entonces la he leído en cuatro ocasiones y cada vez tiene la virtud de redescubrirme el mundo y por otra parte me reconcilia con la novela como concepto; finalmente, y ésa es la magia de la novela, me redescubre a mí mismo. Lo mismo me ocurre con *El camino* de Miguel Delibes. Son novelas que me parecen deliciosos artefactos llenos de ternura y de delicadeza, en el sentido genuino del término y que es una de las palabras en las que más me gustaría insistir ya que no creo que abunde mucho en la literatura que se hace hoy: me refiero a la verdadera delicadeza para narrar. Son novelas que ayudan, como les decía, a entender no sólo el mundo que nos rodea sino a nosotros mismos y a facilitarnos nuestra relación con este mundo ya sea para soportarlo, ignorarlo o combatirlo. Quizá por la consigna a la que se ha referido Maruja Torres, «sé feliz, avanza,» ello resulte tan importante en unos tiempos de crisis y de pérdida de valores.

Javier García Sánchez es escritor. Colabora en numerosos medios de comunicación. Entre otros ha publicado: *Crítica de la Razón Impura* (1991) (ensayo) y las novelas *Continúa el misterio de los ojos verdes* (1984), *La dama del Viento Sur* (1985) (Premio «Pío Baroja», otorgado por el Gobierno Vasco), *La historia más triste* (1992) (Premio «Heralde» de Novela), así como la saga infantil *Óscar, atleta* (1996) de la que ya han aparecido dos volúmenes. Los otros (1999) es su último libro publicado.

Recuerdo que mientras otros chavales y amigas de mi edad adolescente se sumían en las lecturas voraginosas de los Verne, Salgari etcétera, yo seguía empecinado en repetir la lectura –en aquella época la leí dos veces–, de *Duermen bajo las aguas*, y me recuerdo a mí mismo intentando explicar por qué me había fascinado tanto la historia. Creo que no logré convencer a nadie ya que como decía Ana María Moix son necesario los años y el paso del tiempo para valorar determinado tipo de calidad humana. También para mí ha sido necesario el paso del tiempo, como narrador y como persona, para saber valorar y entender por qué pudo influenciar Carmen Kurtz a un autor como yo y me imagino que a otros muchos como yo.

Me he referido anteriormente a la delicadeza, la ternura, la exquisitez, la elegancia en el modo de narrar de esta escritora e ignoro si representa una tradición francesa o anglosajona o tal vez una *barreja* de todo ello como decimos aquí. En su obra encontramos una gran mezclanza, una miscelánea de todo, que puede haber tenido que ver con su educación, su facilidad para otros idiomas, su ansia de cultura más allá de las fronteras. Lo que descubrí –es una reflexión que he hecho en la actualidad con la excusa agradable de preparar la intervención de hoy–, es que –eso lo dice un autor barroco, complicado, tortuoso, al que le cuesta ser feliz como persona y como escritor, disconforme y que va a contracorriente–, la verdadera gracia, la verdadera lucha, el verdadero reto, el verdadero milagro está en ser feliz, en intentarlo y en aparentarlo también en literatura. Hay una máxima de Molière que dice: «Deje usted de ser terrible y vuélvase encantador». Estoy convencido de que Carmen Kurtz nació encantadora y ha vivido siendo encantadora. Al menos los libros que de ella he podido leer, sobre todo *Duermen bajo las aguas*, han resultado una experiencia de este calibre

y no lo digo tan sólo por lo mucho que me gustaron sino porque el resultado fue un auténtico hechizo.

Se trata de una novela que resumirla me costaría mucho y aunque imagino que es conocida de muchos quisiera subrayar en especial dos aspectos. Estamos ante una obra mágica; una novela iniciática –no de iniciación aunque nos describa el paso de una niña a mujer quien será madre y luego amante–. Me refiero a un viaje espiritual en una dimensión plena del término y sobre todo humana lo que en toda novela que se precie debe ser condición *sine qua non*. Toda gran novela es siempre fundamentalmente tierna e iniciática en el sentido que abre al lector nuevos caminos o sendas.

Personalmente me sorprendió que hasta la página cincuenta la protagonista, Pilar, no tuviera nombre. Cierto que en la adolescencia no tienes capacidad para valorar este tipo de cosas, pero al ser narrador le concedes un valioso interés al placer de descubrir que tiene un nombre y que incluso eres capaz de imaginarte su rostro. Recuerdo la sutileza con la que se describen determinadas atmósferas. Se habla de la Guerra Civil y de la Guerra Mundial pero lo realmente importante es la guerra personal de la protagonista después que su marido parta hacia el frente, la guerra que tiene que librar por ser mujer, para lograr emanciparse intelectual, moral y sentimentalmente y conseguir así crecer como persona: ésta es la auténtica guerra de esta novela.

Por otra parte, Carmen Kurtz logra describirnos la dos guerras con una maestría ejemplarizante. Conozco el tema porque lo he trabajado y me fascina, y es propio de una obra maestra, cómo nos describe ese mundo hipócrita: los pactos prebélicos, por ejemplo, entre la antigua URSS y Alemania nos los presenta como dos mujeres que se odian pero se dan la mano y se unen para criticar a una tercera. A mi modo de ver no existe mejor representación de la hipocre-

sía mundial que la simbolizada por esos dos personajes que a pesar de ellas mismas han de tocarse y acariciarse para hacer daño a una tercera aún más detestada. Eso mismo ocurrió entre Alemania y la Unión Soviética –dos caras de la misma moneda–, países unidos con el objetivo de aniquilar o cuando menos absorber a la vieja Europa.

Aunque lo dicho sean descubrimientos que hice más tarde, desde el primer instante me sentí atraído por las atmósferas que se describen. Recuerdo especialmente el impacto que me causó una de sus frases pronunciadas tiempo después del fallecimiento de la madre: *por fin pudimos abrir la tapa del piano*. El hecho de que un instrumento musical haya permanecido cerrado por respeto hacia quien ha partido y de repente la música pueda volver a sonar queda dicho en una frase que para mí es como un diamante, porque toda la sentimentalidad que conlleva la ausencia, el dolor, todo cuanto lleva a las personas a decir, «bien aceptemos el dolor pero hay que seguir adelante» –una vez más, «sé feliz»–, está simbolizado en la frase mencionada.

Y más adelante de nuevo el hechizo, la capacidad de encantamiento de la autora con la que me atrapé cuando narra la muerte de su hermana Eugenia después de irse a Estados Unidos: de pronto Eugenia ha fallecido y la autora no le da mayor importancia. Quizá porque primero como lector y después como autor trato de explicarlo todo por activa y por pasiva, me fascina la capacidad fabuladora y la sencillez fabulosa que tienen algunos autores de quintaesenciar lo bello y lo inverosímil. Eugenia muere en un accidente y su presencia no se requiere sino a través de una pincelada de ausencia que como música de fondo nos transmite el resto de la familia.

Tampoco esta obra excluye el humor y cierta dosis de erotismo. Voy a empezar hablando del erotismo. Fluye en cuentagotas una cierta castidad

erótica o lo que la protagonista cree que es castidad erótica. Creo que muchos compartimos la tesis de que si se quiere hablar de temas eróticos en literatura debe hacerse desde una castidad erótica, desde una mística del erotismo. Voy a referirme a un momento clave en el que Esteban coge la mano de Pilar y cuando ella le dice: «Nunca me has poseído», él le responde, aproximadamente, que la ha poseído desde el momento en que le ha tocado la mano. Pinceladas maestras; la literatura es precisamente esto. Todo cuanto se pueda especular sobre la posesión erótica queda presentido en las frases citadas.

Luego la culpa, porque en la obra de Carmen Kurtz tiene una gran importancia el sentimiento de culpa. Cuando el propio Esteban le pregunta: «¿Eres feliz?», y ella tiene que reconocer que, en efecto, lo es, de algún modo Pilar se derrumba interiormente por reconocerse dentro de esa felicidad que le proporciona ese hombre que no es su marido pero que representa la esperanza en el futuro, el amor, lo real puesto que la ausencia del marido lo convierte en una entelequia, en algo que no existe. Quizá un lector muy exigente en temas como la culpa o el erotismo encuentre que se ahonda poco en ellos, pero a mi entender lo que trata de decirnos la autora queda suficientemente explicado con estas dosis.

Además está el humor plasmado, por ejemplo, en la escena en la que les conmutan la pena a los caracoles que van a hervir. Me gustaría decir que esta escena además de resultarme entrañable, aunque cuando la leí no conocía personalmente a Carmen Kurtz, de inmediato me sentí alumno y amigo suyo y entendí que el vínculo sentimental, en un sentido simbólico, invisible y secreto entre autores y lectores, tiene una magia que funciona. En una novela que escribí hará cosa de quince años muy larga, tortuosa y por suerte nada feliz, incluí una escena sobre el ajusticiamiento entre caracoles. Aunque mi escena

se ubicaba en la Alemania contemporánea y no tenía nada que ver con la historia de Carmen Kurtz, para mí representó un secreto homenaje que le debía por la influencia literaria que me suscitó su novela. Debo reconocer también que cuando la editorial Alfguara me propuso iniciar una serie infantil si elegí el nombre de Óscar para mi protagonista fue por que en mi cabeza tenía a su Óscar.

Quisiera concluir con una observación sobre el final de la novela *Duermen bajo las aguas*. Cuando van a pasar por el túnel que une Francia con España, en el compartimento del tren, habla Pilar con una compañera de viaje y le pregunta acerca del túnel aunque la otra no sabe qué responder. Entonces la protagonista piensa que tal vez los túneles sean como tierras de nadie, algo así como *mónacos, suizas o andorras* imaginarias del espíritu o del alma. Siempre he querido pensar –y tiene relación con *Duermen bajo las aguas*, uno de los grandes títulos de este siglo por su hermosura–, que toda gran novela es tierra de nadie, ese túnel que no pertenece a ningún gobierno, a ningún país, a ningún idioma, ni siquiera a una época o a alguna persona. Y cuando con quince años comprendí la metáfora del túnel como una zona que nos puede unir, incluso suscitar amor en plena confrontación mundial, un túnel con su penumbra y su paz se me ocurrió que podría convertirse en la anhelada tierra prometida. Desde

entonces no lo he olvidado y sigo pensando que si la crudeza de la vida diaria nos demuestra que es imposible que existan esos túneles, al menos los novelistas tenemos la obligación moral de empecinarnos una y otra vez en construir túneles que sirvan para unir a las personas y sus sueños.

No quisiera terminar sin haber hecho una alusión a la bebida ya que creo que se trata de un tema que a los escritores siempre nos ha preocupado. Y no me refiero a que se beba más o menos sino a la bebida como concepto que de algún modo nos convierte en algo parecido a los caracoles antes de ser ajusticiados pretendiendo explicarles la vida a los demás. Y es bajo este aspecto simbólico que todos los escritores bebemos. Carmen Kurtz dice por boca de Pilar: «Beben aquellos que no encuentran en sí lo necesario». Detrás de una aparente sencillez, esta afirmación encierra una idea fundamental y para mí clave tanto como persona como autor: no dice que beban aquellos que no encuentran lo accesorio o lo deseable, sino lo necesario. Personalmente se me ocurre pensar que si sustituyéramos la palabra «bebida» o «alcohol» por «literatura», «túnel» o «amor» convendríamos que sólo escribimos o leemos aquellos que no encontramos lo necesario. Es gracias a personas como Carmen Kurtz que nos ha construido túneles por lo que al menos nosotros podemos soñar con un lugar de encuentro.

EL DESCONOCIDO

PREMIO «PLANETA» 1956

Pere Gimferrer

Mi intervención tiene el inconveniente de que viene detrás de otras muchas, y en el caso de Assumpta Roura se trata del mismo libro. Yo no puedo pretender dar un testimonio personal como el que han dado Ana María Moix y Maruja Torres sobre el ambiente de la casa de Carmen Kurtz, en la calle Ciudad de Balaguer.

Tengo la sensación de que el éxito hoy notable y muy sostenido de Óscar, de toda esta familia temática, de todo este género, ha terminado por desplazar un poco a la Carmen Kurtz narradora para adultos. No me parece casual que tanto Assumpta Roura como yo nos hayamos centrado en *El desconocido*. En realidad, la narrativa para adultos de Carmen Kurtz, a diferencia de la narrativa para niños o para adolescentes que circula muy profusamente es hoy inencontrable y se puede decir que el más representativo título de esta narrativa adulta que hoy se puede encontrar con facilidad es *El desconocido*. No es, por tanto, casualidad sino una elección no debida a lo que el público puede conocer, el hecho de que Assumpta Roura y yo nos hayamos fijado en *El desconocido*. Ella ha hecho un excelente análisis de esta novela desde el punto de vista de su concepción literaria normativa. Yo procuraré centrarme en aspectos concretos, a veces admirablemente nucleares del libro.

En primer lugar, algo que llama mucho la atención en esta novela, que obtuvo el Planeta en el 56, es la circunstancia, resaltada ya, por supuesto, por Assumpta Roura, de su punto de partida temático, la llegada del *Semíramis* al puerto de Barcelona. Este momento, yo recuerdo que eran mis diez años, a una edad muy temprana, para leer a Óscar más que para leer otra cosa, es fechado por Carmen Kurtz, –yo no recordaba la fecha exacta–, el 2 de abril del 54. Eso significa que nos encontramos ante una cosa realmente poco frecuente todavía hoy: una novela que

Pere Gimferrer. Poeta, escritor y ensayista, miembro de la Real Academia Española desde 1985. Publicó su primer libro de poemas *Mensaje del Tetrarca* en 1963 y desde entonces su extensa obra ha sido merecedora de múltiples premios, entre ellos: *Arde el mar*, Premio Nacional de Literatura 1966; *Fortuny*, Premio «Ramon Llull» 1983. En 1998 se le concedió el Premio Nacional de las Letras Españolas por el conjunto de su obra. *L'agent provocador* (1998) es su último libro publicado.

trata de la Barcelona de la primera mitad de los años cincuenta. A diferencia de la Barcelona de los años cuarenta, que ha sido muy utilizada desde diversos ángulos como materia narrativa y con resultados excelentes por escritores muy variados, en la primera mitad de los años cincuenta, como, por razones diferentes, en la primera mitad de los años setenta, existía una realidad que hasta hoy apenas ha dado materia a la narrativa. Al leer este libro, hay unos hechos que llaman la atención. Hablo de la llegada del *Semíramis* a Barcelona. Por otra parte, ¿quién es el personaje que llega y de dónde viene? Bueno, también es posible que muchos de ustedes hayan conocido a alguna persona, a alguno de los hombres concretamente, porque eran hombres quienes llegaron, en mi caso concreto un vecino que resultaba ser pianista y que aspiraba nada menos que a ocupar la vacante de Ataúlfo Argenta en la Orquesta Nacional, era una meta concreta. Pero éstos son unos hechos que en la novela no se reflejan, aparecen como algo dado, pero ahí justamente radica la fuerza del testimonio. Estos hombres, por una parte venían de combatir en el Tercer Reich, y algunos de ellos concretamente de las SS. Esto es un hecho, no requiere comentario, pero es un hecho objetivo. ¿De dónde venían? Precisamente de la época de la Rusia de mayor predominio stalinista, de la época de la posguerra mundial, cuando Stalin, convertido en héroe de la patria, se dedicaba a extender el genocidio contra los ciudadanos soviéticos, del cual escaparon de milagro personas como Boris Pasternak pero, claro, murieron a millones. Es decir que se trataba, en definitiva, de unas personas que venían de un ejército encuadrado en un Estado que la historia considera como genocida y que, por otro lado, habían vivido como prisioneros en otro Estado que también la historia considera como genocida. De donde llegaban a una ciudad que no se puede definir en

términos de genocida en aquel momento, pero en la cual no hace falta que les diga que no existían algunos de los derechos fundamentales y, por ejemplo, no existía la libertad de prensa, ni ningún derecho de carácter público para la lengua catalana, pongo por caso. Cosa que está en el libro y muchas otras cosas; está en el libro pero no constituye su materia, es algo que llama la atención, yo ahí vería materia para una novela escrita con óptica análoga a las que con grandes resultados se han escrito sobre los años cuarenta. Esta novela, sin embargo, está por escribir, con una óptica distinta de la que podía emplearse en la España del 56, no podría desconocer los datos que aquí aparecen.

En este sentido, la novela de Carmen Kurtz de pronto se sitúa en una línea de novelas barcelonesas y aporta a ellas una voz muy personal y muy original. ¿Por qué? Hay unos elementos, por ejemplo la historia particular de los personajes de la novela. ¿Por qué el protagonista se fue a la guerra? Las razones son muy inconcretas pero son inequívocas. Sin entrar en más detalles, parece claro que, entre otras cosas, sentía su vida vacía y le repugnaba el ambiente de corrupción y de estraperlo; esto no está dicho con estas palabras, pero no parece admitir otra interpretación. ¿Qué ocurre detrás? Ocurre que en esta novela se produce una situación de adulterio en algún grado, no entraré ahora a detallar sobre el adulterio, que afecta, por un lado, a la esposa del que regresa de la Unión Soviética, quien tiene un hermano que, hasta entonces se ha creído homosexual. Esto es muy curioso, la reacción moral, aunque sea inconcreta y algo primaria quizá y algo irracional, ante corrupción, adulterio por otra parte y homosexualidad masculina, manifestada y reconocida como tal. Cada uno de estos elementos por separado no digo que no se dieran en algunas de las novelas españolas de la época, que se daban sin duda; todos ellos juntos es muy poco frecuente. También

existía en el 56, cuando a Carmen Kurtz le dan el premio Planeta por *El desconocido*, se ha publicado y no precisamente en España una novela que reúne estos elementos, pero no podía publicarse en España: es *La colmena* de Camilo José Cela, (1931). Es una proeza de finura literaria que la novela de Carmen Kurtz se publique, que sea aceptada, no digo ya por la censura sino incluso por una parte notable del público, con estos ingredientes. Retorno de los presos: bien, podemos dejar de lado de dónde venían y qué habían estado haciendo. Pero motivaciones de rechazo a la corrupción, adulterio y homosexualidad asumida. Todo eso dicho muy entre líneas si se quiere, pero muy explícitamente, y en el caso de la homosexualidad de un modo muy muy claro. Esto nos da una idea de la labor de encaje de bolillos que en algún sentido hace la autora y con un éxito notable.

Se percibe también en otro aspecto no tan visible. En esta novela, que es una novela sobre Barcelona en la primera mitad de los años cincuenta, en una época, a mi juicio, hasta donde alcanza mi historia, no puedo hablar de la inmediata posguerra, nací en el 45, las épocas más lúgubres de la historia barcelonesa que he vivido son los primeros cincuenta y los primeros setenta por razones diversas pero, en el fondo, simétricas, en esta novela la topografía barcelonesa tiene una capacidad mítica y complementa, a su manera, lo que habían intentado hacer inmediatamente antes de la guerra en catalán otros novelistas como Carles Soldevila o como Josep María de Sagarra. Recordemos de J. M. de Sagarra, *Vida privada*. Es otro mundo, pero complementa y en cierto modo prepara el terreno a lo que harían después otros novelistas que están en la mente de todos que han novelado los años cuarenta. Esta novela tiene una estrategia estilística muy curiosa. Su apariencia es la de narrativa neutra escrita en un buen español. No digo que esto no sea verdad, pero

no sólo porque la forma de escribir es muy distinta. Viene de otro mundo mucho más difícil de percibir a primera vista. Yo voy a poner sólo el ejemplo de dos frases concretas que están en la página 114 y 115 de la presente edición de bolsillo: «El reloj de la biblioteca desgranaba un sonido agudo, penetrante como agujas de hielo». Esto es sólo una imagen poética aunque se acerca bastante a la greguería. Lo que venía a continuación es, a mi juicio, claramente una greguería: «La voz del reloj de la biblioteca era infantil –la recordaba– y no había enronquecido con los años». Este tipo de hallazgo, que encontramos en la greguería y que hoy aplaudimos con razón en un escritor como Umbral, esto está aquí, como otras muchas cosas, en los pliegues del estilo, un estilo aparentemente neutro, liso, casi invisible, de modo que de una forma tenue, en sordina, nos dice cosas sobre la Barcelona de aquel momento y contribuye a la topografía mítica de Barcelona; eso también lo descubrimos tras una piel externa de novela muy lisa que podía explicar una teórica unidad estética contenida en ella, una piel interna mucho más compleja. La sutileza existe no sólo en la forma de denotar, quizá porque no era conveniente ni oportuno ni posible dar de otra forma el ambiente y la época sino en la forma de insertar en el estilo estas imágenes poéticas muy audaces y propias de una narrativa que, después de la guerra, había, en cierto modo, casi desaparecido con muy pocas excepciones, porque el tipo de experiencia literaria que llevaba a cabo era de otra naturaleza, tenía otro origen. Este tipo de imágenes vienen, como digo, de Gómez de la Serna, de las obras de antes de la guerra de Francisco Ayala, pongo por caso.

Todo ello convierte a *El desconocido* y, por supuesto, por extensión, a la obra narrativa hoy de tan difícil acceso en parte que para adultos hizo Carmen Kurtz, en un caso singular. En la genealogía,

ya muy larga, de novelas sobre Barcelona en catalán y en español, requiere una relectura doble, teniendo en cuenta lo que de modo expreso el libro no dice pero se percibe con sólo leerlo, y que está ahí, sólo que la época histórica permite ese tratamiento y no otro, y con advertir además un trabajo estilístico nada visible, muy discreto, muy elegante, pero muy insólito en este tipo de narrativa que se suponía que iba dirigida a un público mayoritario. Se pueden descubrir muchas cosas leyendo con atención esta obra narrativa, incluso títulos menos conocidos como *Duermen bajo las aguas*, como *Entre dos oscuridades*.

Conocemos mal, no ya esta obra narrativa para adultos de Carmen Kurtz, sino grandes zonas de la

narrativa hispánica de estos años –digo bien hispánica porque eso se extendería incluso a títulos publicados no ya en el exilio sino en España y no ya en castellano sino en catalán también–. Salvo unos títulos que por razones diversas han ido reapareciendo con regularidad, existe una gran amnesia sobre lo que fue de verdad la narrativa en la primera mitad de los cincuenta. Libros como éste nos remiten no sólo a volver a leer a Carmen Kurtz sino a volver a examinar qué pasaba de verdad en la literatura en la Península Ibérica en esta época y, por extensión, cuál ha sido la genealogía, más compleja y variada de lo que se cree, de la novelística barcelonesa a lo largo de este siglo.

HAYER-LA TRADUÏDA

Josep Vallverdú

Per a mi, durant anys la Carmen Kurtz fou una senyora vista en fotografia –solia aparèixer a *Destino*– amb una posa massa rígida, segurament requerida pel fotògraf. D'entrada jo em resistia a creure que aquella autora de tants llibres perdés el temps fent postures i cares transcendents.

Vull parlar dels seus llibres destinats al públic més jove i deixo de banda ara les seves obres narratives de to general a què va dedicar-se en l'etapa en què vaig rebre la seva imatge fotogràfica. Jo no sé si aquestes novel·les van quedar un xic obscurides per l'èxit espectacular dels Óscars i altres títols juvenils que van proliferar a partir d'un moment determinat.

A mi m'interessava la narrativa per a joves des de feia anys, però fou molt tard que les meves obres van tenir difusió, coincidint amb menys entrebancs per a la publicació de llibre juvenil català.

Fou aleshores que, havent jo publicat una novel·la a l'Editorial Noguer, i coneixedors els editors de la meva faceta de traductor, em van proposar de passar al català dos llibres de Carmen Kurtz, els de la «minisèrie» Veva. Em vaig escriure amb l'autora i generosament ella va avançar-se a predir un èxit de la versió que jo faria.

Una de les coses més arriscades que pot emprendre un traductor és la versió entre llengües que conviuen i que són del mateix tronc i quasi de la mateixa branqueta. És el cas del català-castellà i a l'inrevés. Quan havia de traduir de l'anglès poc que m'hi enquimerava; l'esquema sintàctic, fonètic, morfològic i frasal em posava en situació de traductor conscient, estava sempre en tensió sostinguda i en actitud creativa. Però a primeries dels seixanta em van encarregar la versió catalana d'un catecisme en castellà i vaig adonar-me ja a les primeres envestides de la munió de paranys que aquella aventura presentava. Fent-ho breu: o queies en la catalanada o en la castellanada. Sempre que et confiessis, és clar. Per

Josep Vallverdú. *Escriptor i traductor. En el camp de la literatura infantil ha publicat, entre altres obres L'alcalde de Ferrovell (1981), premi de la Generalitat de Catalunya al millor llibre infantil. Constant col·laborador de revistes juvenils, ha conreat també el teatre infantil amb La llegenda de Sant Jordi (1982).*

tant, a la tensió sostinguda que el traductor manté pel sol fet de construir la versió, s'hi afegia constant per tal de no petjar amb passa distreta.

Sortosament la Carmen, en el dos llibres que vaig traduir, *Veva* i *Veva i el mar*, havia aconseguit una prosa delicadament planera, inspirada, i molt neta i transparent. Una prosa que tenia quelcom de clàssic, de classicisme tenyit de sentiment directe, humà. Aquesta trasllació de l'amor d'àvia, viscut en la vida real, a una novel·la, era captivadora; i més encara perquè la nena protagonista dels relats comprèn el que diuen els adults des d'abans de néixer i, a més a més, parla. Potser recordareu una comèdia cinematogràfica més o menys recent amb un tema semblant; bé, la Veva parla amb la seva àvia, i això les emmena

a ambdues a una complicitat deliciosa, feta d'intimitats i –per al lector– de sorpreses. I a més a més, l'autora ha solcat les difícils aigües d'un tema com aquest, esquivant en tot moment la facilitat o la beneiteria. Hom no sabia dir si la protagonista és la Veva (el bebè), o l'Àvia, que en l'original és La Buela. Diria que la protagonista de l'acció és la nena, i la de la passió l'Àvia.

Són dels llibres que en la meua llarga carrera de traductor de diverses llengües, m'han fet gaudir, que he fet a gust, enllaminat, i amb ganes que no s'acabessin.

Quan, poc després, vaig conèixer personalment la Carmen, reposada, culta i plena de sabers, jo hauria volgut ser la Veva, per créixer al seu costat.

EL TESORO

Carmen Kurtz

Todo empezó con la medalla de oro.

Hasta entonces, Serena, en nada se diferenciaba de las demás niñas del pueblo. Durante el invierno asistía a las clases de doña Rósula, la maestra; y en verano, con las amigas, recogía caracolas y pechinas en la playa.

El pueblo era pequeño y alejado de la carretera. En los meses de estío se llenaba de forasteros, que desaparecían de nuevo hacia la ciudad en cuanto los primeros vientos del Norte encrespaban las olas.

Serena tenía tres hermanos mayores, pescadores los tres. También a ella le hubiese gustado ser muchacho e ir a la mar, pero sus hermanos eran muy brutos y se le reían porque guardaba, en una cajita de lata, piedras azules, trozos de vidrio pulidos por la arena y las olas, que eran como piedras preciosas.

Al llegar la noche, reunidos alrededor de la mesa, si el gran armario de roble crujía, la madre afirmaba que era a causa de la humedad. Y otras veces, si la jornada fue calurosa y soleada, achacaba los mismos crujidos al aire y al sol. El padre le daba la razón, mientras los tres hermanos sorbían la sopa y no decían nada. El viejo armario de roble podía crujir a su antojo; ellos, acostumbrados a esos ruidos, ni los notaban.

Serena era distinta. Serena no podía hablar de ciertas cosas con los suyos. Serena miraba el gran armario de roble y pensaba: «Ya habla. En cuanto llega la noche, empieza su charla. Tendría que tener más paciencia, esperar cuando todos estén dormidos y yo sola pueda escucharlo».

Doña Rósula, al verla distraída durante las clases, la increpaba:

—Serena, ¿ya estás contemplando las musarañas?

Las *musarañas* eran para Serena pequeños pensamientos de los hombres, perdidos en los rincones. A veces anidaban en los armarios y podían evidenciarse. Serena sabía una serie de *cosas* de las cuales era

Cuento originariamente publicado en la revista La hora XXV (Barcelona, noviembre de 1966). Su reproducción en el presente número de Cuadernos de Estudio y Cultura fue expresa y amablemente autorizada por la autora.

mucho mejor no hablar con doña Rósula ni con las amigas, ni mucho menos con los hermanos. Las *musarañas* también anidaban dentro de las caracolas, y cantaban en cuanto uno las aplicaba al oído. Las *musarañas* eran para Serena un mundo real, tan real como la pesca para sus hermanos, la casa para su madre, o las lecciones para doña Rósula. Pero de ese mundo –pensaba Serena– era más prudente no decir ni pío, pues entonces lo hubiera perdido.

Hasta el día de la medalla de oro.

La perdió en la playa una de las *otras niñas* –así llamaban a las forasteras Serena y sus amigas– y la vio llorar y buscarla desesperada por la arena de la playa. Serena y sus amigas no jugaban con las niñas de la ciudad, ni se bañaban a las mismas horas. Buscar una medalla de oro en la playa era algo tan difícil como entender el lenguaje de las *musarañas*, y posiblemente la otra *niña* creyó que nunca más volvería a encontrarla. Por eso mismo lloraba de aquel modo, mientras hurgaba en la arena con las dos manos.

Y aquella misma noche, Serena, cuando todos dormían, salió con mucho tiento de la casa, y anduvo el corto trecho que la separaba de la playa.

La noche era oscura y la arena le pareció muy fría bajo los pies desnudos. Se sentó y trató de escuchar. Nada. El ruido monótono del mar cubría los demás ruidos. Entonces, con sumo cuidado, a gatas por la playa, empezó a alisar la arena cuidadosamente, no a puñetazos como lo hizo la *otra niña*, sino con tiento, y abriendo mucho los ojos que empezaban a habituarse a la oscuridad.

A partir de aquel momento pudo oír las pequeñas voces procedentes de la arena y de las piedras. Esparcidas por el aire, la rozaban con su aliento húmedo. Avanzó hasta la orilla del mar, allí donde la arena estaba firme, y de pronto sintió una quemadura en la palma de la mano. Hizo un pocillo con los

dedos, poco a poco, para que la medalla no se le escapara más lejos. Y la encontró.

Se fue a casa muy contenta, se metió en la cama y se quedó dormida.

A la mañana siguiente dijo a la madre:

–He encontrado la medalla y voy a devolverla.

La madre no pareció extrañarse del hallazgo. Era cuestión de suerte. Ella perdía cientos de veces, en el transcurso del día, agujas y dedal, llaves y tijeras. También volvía a encontrarlo. Lo que estaba, estaba, y no podía desaparecer.

–Desayuna, antes que nada –repuso–. Me han traído unos higos. Cómelos con pan y bebe leche. Puedes devolver la medalla pero regresa pronto. Te necesito. Hemos de remendar redes.

Zurcir las redes no le gustaba, pero lo hacía desde muy pequeña. Casi todas las mujeres y los hombres del pueblo remendaban redes en los ratos perdidos, pero ella prefería hacer encaje. El ruido de los bolillos al chocar unos con otros estaba lleno de voces. Y los alfileres con cabeza de colorines también eran muy bonitos.

Tomó el desayuno, salió de la casa, y con la medalla en la mano se fue donde vivía la *otra niña*.

La niña salió de su cuarto en camisón, y se puso la mar de contenta con la medalla.

–Dale un beso –dijo la madre.

La niña dio un beso a Serena y entonces ésta se despidió.

–Espera. Espera, niña –dijo la madre.

Y le dio dinero.

Serena lo tomó. En su casa estarían contentos con aquel dinero.

–Dile a tu madre que esta tarde iré a verla –añadió la madre de la niña, al tiempo que Serena se marchaba.

Y luego dijo para sí, en voz alta: «Qué ojos más bonitos tiene esa chiquilla».

Así fue como empezó.

Doña Rósula dijo que ella lo veía venir, que Serena fue siempre una niña muy rara, y que el cambio la había perturbado por completo.

No podía estudiar. Una neblina blanca se interponía entre sus ojos y el libro, y entonces la maestra le hablaba de las musarañas.

Allá, en el último banco de la clase, ni le preguntaban la lección siquiera. Las niñas, que antes jugaban con ella y eran sus amigas, se apartaban alegando que ya eran mayores y tenían quehacer en sus casas.

La madre la hizo ver por el médico del pueblo, y por uno de la ciudad que pasó el verano en la playa. Los dos aseguraron que Serena era una chiquilla fuerte, bien constituida, pero que vivía en un mundo distinto.

Los hermanos ya no se burlaban de ella ni de sus tesoros de piedras recogidas en la playa. Para los hermanos era igual que si estuviese muerta. No la comprendían. Cuando por las noches resonaban sus pasos en la escalera y oían la puerta de la casa, se alzaban de hombros. Serena iba a la playa a buscar tesoros. Después de la medalla encontró un sin fin de objetos perdidos desde Dios sabe cuándo, y que nadie reclamó. De una fina cadenilla de plata que llevaba al cuello colgaban sortijas, medallas, broches, pendientes... Una serie de joyas o baratijas que Serena deseaba devolver, para que de nuevo una niña de las *otras* le diera un beso.

Serena tenía veinticinco años cuando sus padres murieron. Los hermanos mayores se casaron, y ella vivía sola en la casa de la playa. Sus amigas, las que antes fueron amigas, también se habían casado y

tenían hijos. A veces se acercaba a esos niños pequeños y trataba de acariciarlos. Pero las madres se los quitaban de las manos, como si tuviesen miedo, y alguna vez oyó que decían:

–No te vayas con Serena. Algo podría ocurrirte. Es muy rara.

Iba rota, desmelenada, con una falda negra plegada a la cintura, y unas blusas muy escotadas, para que sobre la piel le lucieran las joyas.

Los veraneantes le preguntaban:

–¿Por qué llevas todas tus joyas puestas?

A lo que Serena respondía que de ese modo era más fácil encontrar al verdadero dueño.

–¿Y te engañan?

Serena meneaba la cabeza y sonreía.

–A mí no pueden engañarme.

Era muy bonita Serena, a pesar de sus faldas rotas y del cabello que, descuidado, le caía por la espalda, como un chorro de miel. A veces, por las noches, se sentaba en la playa desierta e iba a sorprenderla alguno de los muchachos de la ciudad que veraneaban en el pueblo. Le decían cosas que no siempre comprendía. Le tomaban las manos, mientras ella les explicaba cómo le ardían las palmas cuando alisaba la arena sobre los objetos ocultos.

Los muchachos no parecían muy interesados por sus explicaciones. La besaban y ella devolvía los besos.

–Los besos perdidos lloran por los rincones y no dejan dormir a los niños –les decía Serena.

Entonces los muchachos de la ciudad le preguntaban si le gustaría tener un niño.

Serena reía. Los niños, bien lo sabía ella, no podían encontrarse por las playas. Por más que los buscara, los niños no dormían bajo la arena, como las sortijas, las medallas o los pendientes. Las mujeres que tenían hijos se guardaban el secreto,

como ella guardaba en secreto el lenguaje de las musarañas.

–Pues yo sé dónde se esconden los niños –le dijo uno de los muchachos.

El verano menguaba y solamente lo vio unas cuantas noches.

Se fue el muchacho y se quedó muy triste al decirle adiós. Le gustaba besarle. Él le dijo, igual que todos, que sus ojos eran muy bonitos. Partió antes de que encontraran nada.

Y a pocos meses las mujeres empezaron a mirarla de un modo muy extraño. Cuchicheaban entre ellas y decían:

–Mira la tonta. También lo habrá encontrado en la playa. Seguro que alguien le ayudó a encontrarlo. ¿De qué hablarían?

El hermano mayor fue a verla y le dijo que era una indecente, y que ya hubiera podido tener más cuidado.

No le comprendió.

Luego fue a verla doña Rósula y pidió explicaciones sobre el asunto. Serena le empezó a contar que ella y el muchacho trataron de encontrar un hijo por la playa, sin conseguirlo, y cuanto hicieron para lograrlo. Doña Rósula se llevó las manos a la cabeza y la hizo callar.

–Desdichada –gritó–. ¿No ves que has quedado encinta? ¿No sabes cómo se hace un niño? ¡Ay Dios! Aprovechase de esta infeliz. Hay hombres que merecen la horca –fue rumoreando por lo bajo mientras salía de casa de Serena.

Hasta el cura, el mismo que un día de pequeña le advirtió que todo lo referente a las musarañas y a los objetos perdidos rozaba la brujería, la fue a ver.

Serena tenía el vientre abultado, y por las noches, cuando el viejo armario de roble crujía, le retumbaba a ella en las mismísimas entrañas.

El cura se lo explicó. Llevaba un hijo dentro de ella, y poco le faltaba por dar a luz. Lo mejor era confesarse y arrepentirse. En lo sucesivo, nada de paseos por la playa y menos por la noche. El demonio las urdía para crear ocasión de pecado. Buena prueba de ello tenía Serena.

Sólo comprendió lo del hijo.

–¿Un hijo mío? ¿Y será siempre mío? ¿No tendré que devolverlo?

–No. Nadie vendrá a reclamártelo. Pierde cuidado. Pero ¿qué vas a hacer con un hijo? ¿Cómo vas a atenderle?

–Venderé mis joyas –dijo.

–Son cuatro porquerías las que tienes. Algunas, ni son joyas ni nada que se le parezca.

–Zurciré redes. Haré encaje.

–Que Dios te proteja –murmuró el cura al despedirse.

Una, a una, las mujeres del pueblo, las amigas de antes y las que nunca lo fueron, se interesaron por ella. Serena, a pesar de sus rarezas, nunca hizo daño a nadie. Doña Rósula prometió apadrinar al niño y ver el modo de constituirle la canastilla.

Serena se puso muy contenta y, sin recordar las palabras del cura, bajaba de nuevo a la playa por las noches. Por mucho que le dijeran, el niño debía de andar por allí.

Se echaba de espaldas sobre la arena y ponía sus dos manos abiertas sobre el vientre. Sentía quemar sus palmas, igual que antes cuando alisaba la arena. Y entonces murmuraba bajito, en secreto, para que nadie la oyera:

–Niño, niño. Estás muy escondido, pero yo te encontraré.

Y una de las noches la luna tomó el color del fuego.

Algo dentro de Serena intentaba huir. Un vago dolor la hizo incorporarse y se acordó de doña Rósula y de cuanto le dijeron las mujeres.

El dolor era bueno. Pronto tendría un hijo y se alisaba el vientre con las manos. Echaba sobre el niño las abiertas palmas, que ardían igual que encima de un tesoro. Recordó al muchacho que tantos besos le diera, le vinieron lágrimas a los ojos y gimió al recuerdo.

Las estrellas del cielo se emborronaron. Le zumbaba los oídos con extrañas voces nunca oídas y las manos encontraron un cuerpo tibio y resbaloso, que iniciaba la vida con desesperado llanto.

No tuvo miedo. El mar le traía sonidos de caracola y bajo la arena resplandecían miles y miles de medallas de oro.

Entonces el ruido del mar se extinguió poco a poco dentro de ella, y también el llanto del niño.

Al día siguiente la descubrieron en la playa. Entre los brazos muertos de Serena dormía el niño.

–¡Desdichada! ¡Desdichada! –gimió doña Rósula.

Las mujeres se ocuparon del recién nacido. Y a ella le dejaron el collar de plata con sus colgantes. Le trenzaron los cabellos color de miel, y le cerraron los ojos que habían quedado muy abiertos.

BIOBIBLIOGRAFÍA

Carmen de Rafael Marés, nació el 18 de septiembre de 1911 en Barcelona. Residió en varias provincias francesas desde 1935 hasta 1943. Tanto del lado paterno como del materno, Carmen es, respectivamente, bisnieta y nieta de emigrantes catalanes que vivieron en Estados Unidos en los años 50. El padre de Carmen nació en la Habana y la madre en Baltimore (EEUU). Esta herencia y su matrimonio (en 1935) con el francés Pierre Kurz Klein (añadió una t al apellido de su marido cuando empezó a publicar) han influido de modo decisivo en su obra.

En la década de los 60 fue colaboradora habitual del diario barcelonés *La Prensa*, donde tenía un consultorio en la última página. Asimismo publicaba cuentos y artículos en distintas revistas. En 1972 escribió cinco guiones para TVE –junto a Arthur Kaps– de programas para las marionetas de Herta Frankel, publicados más tarde en libros y traducidos al alemán. Uno de ellos, *Violeta en el Oeste*, obtuvo el Premio «Platero» en el Festival de Cine de Gijón; en este mismo certamen, en su XVI edición (1979), la película *Óscar, Kina y el láser* –basada en su libro *Óscar, y Corazón de Púrpura* y con guión de José M^a Blanco– recibía todos los galardones ofrecidos en este Certamen Internacional de Cine para la Infancia y la Juventud.

Carmen Kurtz falleció en Barcelona el 6 febrero de 1999.

NOVELAS

- *Duermen bajo las aguas*. Editorial Planeta, 1953. Premio «Ciudad de Barcelona» 1954.
- *La vieja ley*. Editorial Planeta, 1956.
- *El desconocido*. Editorial Planeta, 1956. Premio «Planeta», 1956.
- *Detrás de la piedra*. Editorial Planeta, 1958.
- *Al lado del hombre*. Editorial Planeta, 1961.
- *El último camino*. Editorial Bruquera, 1961.
- *En la oscuridad*, Planeta 1963. Finalista del Premio «Café Gijón».
- *El becerro de oro*. Editorial Planeta, 1964.
- *Siete tiempos*. Editorial Planeta, 1964.
- *Las algas*. Editorial Planeta, 1966.
- *En la punta de los dedos*. Editorial Planeta, 1968.
- *Entre dos oscuridades*. Editorial Planeta, 1969.
- *Al otro lado del mar*. Editorial Planeta, 1973.
- *El viaje*. Editorial Planeta, 1975.
- *Cándidas palomas*. Editorial Planeta, 1975. Premio «Ciudad de Barbastro» 1975.
- *El regreso*. Editorial Planeta, 1976.

NARRATIVA INFANTIL Y JUVENIL

- *Óscar cosmonauta*. Ilustraciones de Carlos M^o Álvarez. Editorial Juventud, 1962. Finalista del Premio «Lazarillo» 1963. Lista de honor del Premio «Hans Christian Andersen» 1963. (Traducción al alemán: *Weltraumfahrer Oskar*, ilustrado por Kurtz Schmischke. Bielefeld: Erich Schmidt, 1965).
- *Óscar, espía atómico*. Ilustraciones de Carlos M^o Álvarez. Editorial Juventud, 1963. Premio de la CCEI (Comisión Católica Española para la Infancia) 1964.
- *Óscar y el Yeti*. Ilustraciones de Odile. (Editorial Cid, 1964). Editorial Lumen, 1980. (Traducción al euskera: *Oskar eta Yetio*. Ilustraciones de Potxo Onaindia. Elkar, 1982).
- *Color de fuego*. Ilustraciones de Odile. (Editorial Cid, 1964). Premio «Lazarillo» 1964. Editorial Lumen, 1973. (Traducción al alemán: *Roco und die Kinder*. Kurtz Schmischke. Bielefeld: Erich Schmidt, 1966).
- *Óscar y Corazón de Púrpura*. Ilustraciones de Odile. (Editorial Cid, 1965). Finalista del Premio de la CCEI (Comisión Católica Española para la Infancia) 1965. Editorial Lumen, 1971. (Traducción al catalán: *Óscar, Cor de Porpra*. Ilustraciones de Isidre Monés. La Gaya Ciencia, 1980).
- *Óscar, espeleólogo*. Ilustraciones de Odile. (Editorial Cid, 1965). Premio de la CCEI (Comisión Católica Española para la Infancia) 1967. Editorial Lumen, 1971. (Traducción al catalán: *Óscar espeleòleg*. Ilustraciones de Isidre Monés. La Gaya Ciencia, 1980).
- *Óscar y los hombres-rana*. Ilustraciones de Odile. (Editorial Cid, 1967). Editorial Lumen, 1973. (Traducción al catalán: *Óscar i els submarinistes*. Ilustraciones de Isidre Monés. La Gaya Ciencia, 1980).
- *Óscar y los ovni*. Ilustraciones de Odile. (Editorial Cid, 1967). Editorial Lumen, 1974. (Traducción al catalán: *Óscar i els ovnis*. Ilustraciones de Isidre Monés. La Gaya Ciencia, 1980). (Traducción al euskera: *Oskar eta Ovniak*. Ilustraciones de Pontxo Onaindia. Editorial Elkar, 1983).
- *Óscar, agente secreto*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1968.
- *Óscar en el Polo Sur*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1969.

- *Óscar en el laboratorio*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1970. (Traducción al polaco: *Oskar W Laboratorium*. Ilustraciones de Marek Dzwonkowski. Krajowa Agencia Wydawnicza, 1977).
- *Óscar en los Juegos Olímpicos*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1971. (Traducción al polaco: *Oskar na Olimpiadzie*. Ilustraciones de Marek Dzwonkowski. Cracovia: Krajowz Agencia Wydawnicza, 1977).
- *Óscar en África*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1974. Premio de la CCEI (Comisión Católica Española para la Infancia) 1975 y Premio del Ministerio de Cultura al Libro de Interés Infantil 1975.
- *Chepita* (Igreca, 1975). Ilustraciones de Odile. Escuela Española, 1979.
- *Óscar en las islas*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1977. Finalista del Premio CCEI (Comisión Católica Española para la Infancia) 1978 y Premio del Ministerio de Cultura al Libro de Interés Infantil 1978.
- *Óscar, Kina y el láser*. Ilustrado con fotos de la película del mismo título. Editorial Juventud, 1979.
- *Óscar, Buna y el Rajá*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1980.
- *El conde sol*. Escuela Española, 1980.
- *Veva*. Ilustraciones de Odile. Editorial Noguer, 1980. Premio de la CCEI (Comisión Católica Española para la Infancia) 1981.
- *Veva y el mar*. Ilustraciones de Odile. Editorial Noguer, 1981.
- *Piedras y trompetas*. Ilustraciones de Odile. Editorial Noguer, 1981.
- *La paloma, el cuervo y otros cuentos*. Ilustraciones de Odile. Escuela Española, 1981.
- *La ballena y el cordero*. Ilustraciones de Odile. Escuela Española, 1981.
- *Fanfamús*. Ilustraciones de Odile. Editorial Noguer, 1982.
- *Querido Tim*. Ediciones SM, 1983.
- *Pitos y flautas*. Ilustraciones de Odile. Escuela Española, 1983.
- *Pepé y Dudú*. Ilustraciones de Odile. Escuela Española, 1983.
- *Los mochuelos*. Ediciones SM, 1983.
- *Óscar y la extraña luz*. Ilustraciones de Odile. Editorial Juventud, 1984.
- *Brun*. Ilustraciones de Odile. Editorial Noguer, 1985.
- *Habacuc, dame la mano*. Ilustraciones de Odile. Editorial Noguer, 1989.
- *¿Habéis visto un huevo?* Ilustraciones de Odile. Editorial Noguer, 1990.
- *Cosas que se pierden, amigos que se encuentran*. Ilustraciones de Odile. Magisterio Español, 1990.
- *Pachu, perro guapo*. Editorial Noguer, 1992.

